

De *La feliz gobernación*, inédito, segunda versión de *Escuela de mandarines* [h.1960]:

Capítulo II, párrafo 8

“El hombre más orgulloso del mundo”

Tras los sucesos reseñados moré la cárcel nueve semanas, hasta que cierto día se abrió la puerta de la celda y penetró el primer Gran Lego que contemplara, Nombre de ojos negros, cabello también azabachado, tez blanquecina y corpulencia notoria, muy cargado de posaderas, que irrumpió con multitud de cartapacios, hablando sin tasa y obligándome a trabar el siguiente coloquio:

—Perdona que interrumpa tu soledad, mas vine por cumplir una misión y hacerte favor. Aquí donde me ves, soy nada menos que una comparecencia inexcusable a la Feliz Gobernación, pues aunque no recibí la decisoria Impronta del Sello, estudié el Libro por afición, escuché a los mandarines con fervor y destaqué por mis alabanciosos asentimientos de palabra y gesto, convirtiéndome en persona definitivamente irremediable. Entre los servicios prestados al Glorioso Hecho, destaca mi ayuda en la concepción, estructuración y crecimiento del Ortodoxo Asenso, logia de legos entusiastas y reverentes, que si no pueden escoliar ni citar uno solo de los Doce Millones de Palabras, pueden, al menos, ensalzar, encomiar, incensar, celebrar y confirmar el comentario oficial. Para decirlo de una vez, mi naturaleza es tal que, sin albergar sustancia de mandarín, siente ineludible vocación por las cosas de los mandarines. ¿Entiendes?

—Aunque jamás encontré hombre que tan espontáneamente se describiera, pienso que bien pudiste haber ahorrado la gerundiada, bastando y sobrando de reseña, cédula, título y credencial, la tufarada que emanas, pues desde que entraste, inundaste mi celda de olor a lego. Puesto que soy animal acostumbrado a vivir en Naturaleza, en seguida capto cualquier efluvio.

— ¿A qué bálsamos y almizcles huele un Gran Lego de mi categoría, condición y rango?

— ¿Bálsamos y almizcles? Un Gran Lego de tu calidad y ralea huele a Feliz Gobernación en su forma urbana y administrativa, exhalando un tufillo que se halla entre aromas de casto e hipócrita, hornazo y trascendencias, intimidades ultraterrenas y cohecho, circunspección y dedos raposos, tres almohadas para dormir y litera preceptiva. En suma: hiedes a espiritual bien cebado, apipado y satisfecho del Hecho.

— ¿Sabes cómo me apodan? Pues me apodan El Hombre Más Orgullosos del Mundo, y esto por merecimientos propios. Lo digo para que lleves cuidado con tus rebuznos, porque si continúas insultándome, vuelvo la espalda y te dejo.

—¿Y qué? Tu presencia no me importa más que los anillos de ciertos insectos. ¡Vete!

—Oh despreocupado entomólogo, ¿quieres que me reseñe con otros varios y diversos seudónimos honradamente adquiridos? También soy..

—El eructo que siempre está en medio, la voz de la regla, el protestón de indecencias y el correveidile de las virtudes oficiales... El patán confianzudo con la sabiduría, la palabra recortada, la antinomia de la modestia, la afrenta de la inocencia, el antípoda de las buenas maneras, el delator de frivolillas, el vocablo emasculado, el ademán untuoso y la garganta metálica... Por último, oh lego semi castrado y semi ungido, el perenne aficionadillo, el impaciente aprendiz y la agresividad absurda y gratuita, porque la agresividad absurda se llama orgullo.

— ¿Qué más?

—Silo de envidias, troje de pretensiones, saco de vanidades, hórreo de jactancias, torrente de disparates, diccionario de bobadas, manantial de vacuidades, alma reflexionada y cabeza que no duda. En resumen: aquella bestia que los mandarines precisan para la perduración de la Feliz Gobernación, lo cual es tu real definición, concretada en trece signos o palabras.

—En verdad que resultas una mala víbora, una alimaña sin formas y un ser incapacitado para vivir en Convivencia, pues te revelas sin máscara. Mas porque soy una sustancia piadosa, vengo a salvarte, ya que El Hombre Más Orgullosos del Mundo es también El Hombre Más Piadoso del Mundo.

— ¿Gozas aun de otras excelencias?

—Pues claro, eremitilla. ¿Acaso crees clausurado y por ti formulado el número de mis virtudes? Asimismo me llaman El Hombre Que Siempre Tiene la Palabra a Punto, y esto porque nací para confundir enemigos y avergonzar candidatos.

—¿Y qué vocablo tienes hoy a punto?

—Oh eremita, ¿cómo lo preguntas? Tengo la decisiva y terminante palabra oficial. Reconoce que se trata de un fonema valioso, y disculpa que mi vocación me conduzca a tales extremos. Por inexcusabilidad soy el llamado a terciar entre el Príncipe y los mandarines, éstos y los legos, los legos y los cabezas rapadas, los cabezas rapadas y la gente de estaca, etcétera. Pues aunque devine Gran Lego en razón de propios méritos y palpables servicios, no disfruto encargo concreto, sino este menester cambiante y fluyente. Ahora he de intermediar entre nuestro Príncipe y tú mismo... Ven, pues, y sígueme, zoquetillo.

Manifestando tal, palmoteó, requiriendo a los guardianes, que me condujeron a la Sede, siempre a la zaga del Gran Lego, muy compelido de prisas...

Ya entrando en el Patio Privado, me advirtió: Tente y cuida la palabra, muy valorada en este lugar, y ya que no traes poderío militar ni credenciales, procura ganar al Príncipe con el vocablo. De ser hacadero, te prestaría mi enlabio, pero siendo imposible, te ruego, al menos, que no hables al Moderador esgrimiendo las burdas e irreverentes formas que usaste conmigo, ni tampoco a la manera de tu aldea, que la intuyo ruin. Sujeta las bascas por una sola vez.

Tras hacer estas recomendaciones, anduvo ciertos pasos, se detuvo sobre unas grandes losas, reflexionó y agregó: Para que sepas definitivamente quién es la Persona que vamos a visitar, te recitaré en secreto aquel pasaje doblemente esotérico:

Y memorió el famosísimo texto sobre la Liberalidad de la Función Moderadora, también llamado Mandamiento Sustancial del Poder Político, de orgulloso recuerdo entre mandarines, diciendo:

«Un Príncipe o Moderador es un Imperio que posee ciudades y desiertos, montañas y simas, mares y campos, insectos y jirafas, peces y lombrices, aves de toda clase y monstruos diversos; gentecilla o Primera Cosa, cabezas rapadas o buenos padres, jugadores de dados u hombres de estaca, empollones de ropilla gratuita o pimpollos de

porvenir, legos o corazones irremediables; sistemáticos y autodidactos, palabreros y concisos, trascendentes y bufones, fársicos y trágicos, inculpados y jueces, condenados y verdugos, erróneos y preceptivos; gacelas analfabetas y gacelas ilustradas, el Hombre Más Vanidoso y el Hombre Más Modesto del Mundo, el Carácter Más Famoso y el Carácter Más Ignorado, la Pecosa Más Honesta y la Honesta Más Pecosa; lo eternamente repetido y lo nunca visto, lo determinado y lo indeterminado, toda idea y su contrario, toda sabiduría y toda bobada; la Inocencia y la Premeditación, la rebeldía y la circunspección, el fonema nuevo y el vocablo agusanado, la Corrupción y toda Metamorfosis; disidentes y conformados, entusiastas y protestones, vocación ortodoxa y vocación extravagante, hombres de futuro y hombres de destino, piadosos e impíos, reverenciosos e irreverentes, retóricos y precisos, niños y momias, el mismo Sol y un Sol diferente cada día... Y porque un Imperio resulta todo esto, un Príncipe ha de ser también todo esto, debiendo tolerar y conciliar cualquier clase de palabras y acontecimientos: ortodoxia y heterodoxia, gentecilla y castas, tradiciones y novedades, principios, prácticas y experiencias, sin poder juzgar ni dictaminar sobre la conveniencia, inconveniencia, gratuidad o necesidad de ninguna comparecencia, pues todas son naturales ingredientes de aquella mixtura o Imperio que representa el Príncipe».

Puntualicé: a mi entender, oh Gran Lego, este minucioso texto se refiere a todos cuantos competís en la Convivencia, engendrando continuo conflicto que supera el Príncipe mediante su labor conciliadora. Mas por ninguna parte barrunto que pueda extenderse ni aludir a quienes gozan soledad, apartamiento y monólogo, alejados de cualquier colisión de intereses, doctrinas y futuridades. Entre las comparecencias enunciadas por el Demiurgo que dictó el mandamiento, o quien fuere, naturalmente falta la sustancia de eremita, pero aunque no faltara, nada argüiría, pues todo el mundo es libre de esclafar bobadas a vuelapluma. Presuntuoso sería que un autor, hombre o demiurgo, ordenara a cierto Príncipe armonizar los muertos; pero todavía resultaría mayor necesidad que le concediera mandato sobre los jamás nacidos. Yo no vine a la vida por empeño propio, mas tengo y sostengo la voluntad de existir solitario y nunca dentro de Convivencia ni Feliz Gobernación alguna, por lo cual nada me alcanza de cuanto se instituya, estatuya ni preceptúe sobre las relaciones entre Príncipes y gobernados, pues aunque el Imperio sea mixtura de infinitas cosas y sucesos, este bípedo que ves no resulta ingrediente de ningún Imperio.

Oyendo tal, el Gran Lego abrió desmesuradamente los ojos, como inundado de susto, y manifestó: Por todos los dioses que lo palpo y no lo creo. Si yo, que sé escribir de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, de arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba, y asimismo multiplicar vertical y horizontalmente algoritmos de hasta ochocientas mil cifras, no puedo preceptivamente comentar ni enjuiciar el Libro, aunque sea con declarado ánimo de reverenciarlo, ¿cómo se atreve una bestia de tus condiciones y circunstancias, patán analfabeto, pobretón, hijo de la gentecilla y otros etcéteras que sólo aducen torpezas y tradicional impericia? Mal te veo, males te auguro.

Y sin añadir otra palabra, me empujó hacia la Residencia del Príncipe.

De *La feliz gobernación*, inédito, segunda versión de *Escuela de mandarines* [h.1960]:

Capítulo VII, Parágrafo 1

“Invitación General”

Quedando solos, dijo el Prefecto: Si no pensara vivir muchos y largos años, ahora gozaría pintiparada ocasión de morir de risa, contemplándote nuevamente preso. ¿Cómo se te ocurrió conocer a Paluccio? ¿También eres tú aficionado al teatro? A ver, ¡muéstrame la cédula!

Luego leyó: «Si encontráis cierto eremita, predicador, de un calendario de fiestas y otras posibles novedades, que declara sugerir a impulsos de la irritación, la ternura y el sonrojo, consideradle suceso irremediable y efímero».

Devolviendo el pergamino, inició este diálogo:

—No sé cómo interpretarán otros la presente Orden, aunque a mi juicio vale como permiso para entrar y salir donde te plazca, asistir a espectáculos, participar en convites, olisquear, comentar, hurgar, ir y venir, disfrutar de asiento en cualquier festejo y etcétera. Este País nunca albergó invitado con tantos derechos, por lo cual me extraña verte vagabundear con mendigos. ¿Qué respondes?

—Yo no discrimino, Prefecto. Igual hablo con pordioseros que con mandarines, con ortodoxos que con heterodoxos, con becarios, con El hombre Más Orgullosos del mundo, con el Príncipe y contigo mismo, usando idéntico diccionario. ¿Por ventura imaginas que aprendí la lección dirigida a los huerfanitos por vuestro Cara Pocha?...

— Tampoco me explico cómo puedes soportar ese teatro de Cambazio y sus ingenuos disidentes, demasiado preñado de ideas, amén de parcial e intencionado. No niego que el Imperio arrope autoridades triposas y ramerías inocentes, pongo por caso, pero me resisto a profesar la general teoría de las putas candorosas y las autoridades barrigudas,

al fin y al cabo, doctrina mística. Resulta fácil arremeter contra lo estatuido en nombre de lo todavía no existente, y, por ello, aún racional e insobornable. Empero, me pregunto si es posible una Gobernación racional e insobornable. Quien haya gobernado alguna vez, responderá negativamente. ¿Estás conforme?

—Nada digo.

—Si quieres gozar el teatro, comienza por catar primeramente la comedia clásica, suceso puramente estético, y no político. ¿Conoces a Filomelo? ¡Y qué autor, eremita! Te aseguro que no defiende ni ataca Convivencia alguna. Simplemente hace belleza. ¿Te gustaría oírlo?

—Ya sabes que bajé de mis tierras para irritarme, enternecerme y sonrojarme de venir y ver. ¿Crees que Filomelo ayudará mi Destino?

—Dudo que la comedia clásica pueda favorecer esas extravagantes propensiones, a no ser que tu empeño resulte tan obseso que halle la ocasión en cualquier circunstancia. Mas, de todas formas, bien harías en deferir la pepla durante algunas horas que llamaríamos ferias. ¿Así de implacables son tus demiurgos que no te permiten una jornada de esparcimiento?

—En verdad que mis Demiurgos no me prohibieron contemplar el teatro antiguo. Pero me asalta la sospecha de si ello constituirá causa de colaborar con la Feliz Gobernación, lo cual me tengo vedado motu proprio.

—De ninguna manera. Filomelo es autor a quien poco importa la Ortodoxia. La famosa «Orgía en el Valle de Tabladillo», que hoy representará el Teatro Imperial ante la presencia del Gran Lego de las Alegorías, es pieza precisamente censurada y desprovista de ciertos pasajes irreverentes. La Ciudad se halla dividida con este motivo en tres facciones: los ortodoxísimos, que protestan de que se ponga en escena a Filomelo, si quiera mutilado; los simplemente ortodoxos, que coinciden en interpretarle mutilado; y los ortodoxos exquisitos, que claman de la amputación. Yo pertenezco a los segundos, y esto porque soy hombre de estaca, a quien está recriminado ser calologista. ¿Quieres oír a Filomelo?

—Sí quiero.

—Voy a expedir un mandato que te permitirá asistir a todos los espectáculos y celebraciones. Lo hago, primeramente, porque tales derechos se deducen de tus credenciales, y en segundo lugar, porque no parece decente que hayas de rebajarte a frecuentar los enemigos del Imperio y demás chusma de junto a la Enigma, por necesidad de buscar alimento y diversión. Si la Feliz Gobernación te declara invitado irremediable, justo es que te albergue ahíto y solazado.

Luego extendió el siguiente mandamiento:

«A la buena hora, El Prefecto del Orden y Bien Común, en nombre de la Comparecencia Moderadora, interpretando la cédula que porta cierto eremita, allí confesado inexcusable, expide mandato para que pueda concurrir a todos los Juegos, Espectáculos, Ceremonias, Preconizaciones, Ofrendas, Dedicaciones, Conmemoraciones, Encomios, Homenajes, Agasajos, Convites, Ágapes, Certámenes y demás celebraciones, con dispensa de estipendio, canon y tasa. Si el parecer de alguno fuere contrario, cumpla la orden y apele, como manda la Preceptividad»,

En segunda agregó: En esta Ciudad se sustancian cotidianamente más de quinientos homenajes, todos sazonados con múltiples viandas, por lo cual te será fácil elegir argumento, oradores y catálogo de cocina. Precisamente muy cerca de este lugar se prepara el Encomio de un cierto Roxano, Asimilado a Lego, muerto de una gran turba de piojos en lejana isla. Te recomiendo la ocasión por los cocineros y el propio Roxano, hombre singular. Para encaminarte, pregunta por el Parador de Epifanio... Te advierto que comer por cuenta de la Feliz Gobernación no es colaborar, aunque muchos entusiastas comenzaron por ahí.

Aclaré: ¿y quién te asegura que decida apiparme y competir con legos, becarios de avestruz, becarios de vaca y becarios de sopa? ¿No concurrí a la Sala Privada, cuando los recientes Certámenes al Escoliastado, y vi devorar cientos de manjares sin apetecer una sola migaja? Si me personase en ese Parador, lo haría por favorecer mi misión.

Puntualizó sonriendo: Así como te dije que contemplando la comedia clásica no hallarías ocasión de servir a tu Destino, así te garantizo que en estas celebraciones

encontrarás sobrada oportunidad, especialmente en lo que respecta al empeño de irritarte.

Y ordenó a los soldados que me acompañaran y situaran en la puerta.

Y en la calle dudé si buscar dicho Parador de Epifanio, aunque al fin decidí visitarlo. Luego que lo encontré, penetré el pórtico y alcancé un patio rectangular, rociado y fresco, techado de parrales, en cuyo centro se había erigido una pequeña columna, soporte de un busto rodeado de diversos asientos y trípodes con flores, amén de incensarios.

Comparecí sin exhibir el mandamiento, que nadie reclamó, y me aposenté en el suelo, según mi costumbre. Al punto acudió un hombre gordo, con ademanes de fámulo, susurrando untuosamente: Oh eminencia, ¿no te placen estos sillones? Epifanio mandó traer otros, que no llegaron porque las tormentas detuvieron los corsarios.

Repliqué: No me llames eminencia, pues soy adversario de la Feliz Gobernación. Por lo demás, el suelo mondo fue siempre mi natural asiento.

Sonrojándose, se retiró lentamente, sin volver la espalda, bisbisando a los otros marmitones: ¡Ay que ver! Tan de mañana y ya vienen borrachos. ¡Llevad cuidado!

Exclamé: ¿Qué refunfuñáis de borrachos? Simplemente soy un cierto enemigo de la Feliz Gobernación, como ya dije. ¿Queréis ver las credenciales?

Contestaron: De ninguna manera, eminencia. Tu palabra basta.

Enseguida me dejaron solo y entregado al descanso. Por primera vez sentí la experiencia de soñar, pues cerrando los párpados vi que abandonaba la Ciudad muy de mañana, ya liberado de las obligaciones impuestas por mis Demiurgos.

¡Qué inmensa alegría la del momento!, ¡qué gozo y qué plenitud! ¡qué lozanía! Cantaban aves; el día se mostraba sereno, nobilísimo el Sol, graciosa la Tierra y rientes las fontanas. La irritación, la ternura y el sonrojo, comparencias convivenciales, cedían ante el empuje de mis antiguas aficiones, renacidas con novísimo vigor.

¡Oh imagen de los años mozos, oh regusto de mi primera sustancia, oh soledad! Al verme seguir las sendas de su patria, saltó mi corazón en el pecho, exclamando: Oh padre, bien está que seas piadoso con tus inclinaciones, devolviéndome al Origen.

Luego manifestó mi alma: Porque me rescatas de la Convivencia, torno a gozar la luz de la infancia.

Y finalmente concluyó mi ser: ¡Oh alborada, oh alborada, condúceme al reino de la Eterna Continuidad!

Subiendo hacia mis tierras sin descanso, la espalda a Oriente, saludé así la Naturaleza: Oh Concordia, callado entusiasmo, presente y futuro de todo instante, recíbeme como a viajero que regresa a su patria y como a niño que a sus padres vuelve.

Miles de trinos contestaron a la vez: Oh eremita, parvulito, este es el camino que a tus montañas lleva.

Después contemplé mis Demiurgos a vista de águila, allá pequeños y lejanos, en las propias fronteras de la Feliz Gobernación, despidiéndose para siempre y llorando, mientras mis oídos ahuchaban el eco de sus últimas palabras: «Y ya que te veas y desapareces, déjanos guardar en los ojos la estampa de tu figura».

De *La feliz gobernación*, inédito, segunda versión de *Escuela de mandarines* [h.1960]:

Capítulo IV, párrafo 1

“La calidad irremediable”

Un día supe que el Príncipe había decidido resolver de manera expedita el problema planteado a su economía por mi procesamiento, recurriendo al Gran Padre y exigiendo mi absolucón, ya considerada cuestón política, y, por tanto, susceptible de solventarse con la espada.

Taxativamente así conminada, la Jurisdicción Dialéctica no quiso aumentar sus divergencias con la Comparecencia Moderadora, muy agudizadas con otras discordancias. Por ello, antes de que mi enjuiciamiento pasara a la fase preceptuada para el Mandarín de las Transgresiones, a fin de solicitar y determinar la pena, el Cara Pocha produjo una Sentencia Definitiva, desautorizando la condena del Consejo Decisorio y devolviendo al Príncipe las ropas precisadas para vestir legiones. En suma: absolviéndome.

En la parte que discurría la necesidad de atender las razones del Apelante, El Gran Padre aliñaba el texto del Libro con propias afirmaciones, manifestando como sigue:

«No hay en la Tierra juicio suficiente para convertir inactual un hecho contemporáneo, y la conveniencia del Moderador es un hecho coetáneo».

«Tened cuidado de estar de acuerdo con el día presente, sustanciado en la urgencia de arropar soldados».

En la parte que discurría sobre mi persona usaba la común técnica, dictaminando:

«Bien es cierto que sugerir un calendario de fiestas equivale a predicar nuevos hombres y nuevos dioses, impostura peligrosa para la Feliz Gobernación, Mas la cosilla, la bestia, o lo que fuere, ha confesado venir impulsada por unos demiurgos que llama irritación, ternura y rubor. Por consiguiente, el eremita que habéis procesado es irremediable, pues declara el Libro que siempre habrá irritación que diga: Predico nuevos hombres y nuevos dioses».

Así concluyó mi proceso con la victoria del Príncipe, por lo cual me dije: En verdad que soy un acaecimiento extraño, ya que habiendo sido juzgado por los mandarines, no perdí ni gané con ello, sino un cierto Príncipe y aquellos mismos mandarines, que lucharon con sus tretas y palabras, solventando con mi pleito sus negocios.

El alcaide de la Fortaleza me despachó licencia, advirtiéndome: Los soldados debieran acompañarte hasta alcanzar tus tierras. Pero como el Imperio está a punto de guerra, habrás de caminar solo. Ve, pues, y no temas, porque se hizo conocer a todos los cabezas rapadas de villas y aldeas tu calidad irremediable. ¿Entiendes?

Después leyó el mandamiento cursado a los correos imperiales, que rezaba:

«Si encontráis cierto eremita, predicador de un calendario de fiestas y otras posibles novedades, que declara sugerir a impulsos de la irritación, la ternura y el sonrojo, considerable suceso irremediable y efímero».

Observé: Veo que se trata de un mandato estricto y suficiente. Mas quisiera saber por qué se afirma con tanto empeño que soy efímero, pues aunque lo soy por naturaleza y propia vocación, no colijo razón de que se diga en una Orden Sellada.

Repuso: Mire, zopenco. Se promulga tal para consolar a los cabezas rapadas, ya que nada hay tan desesperante como un tostón cínico, malintencionado, peor hablado, infantil, analfabeto, fisgador, metomentodo, irrespetuoso, preguntón, protestón e ineludible como tú. Si, por añadidura, fueras inmortal, los cabezas rapadas que han de soportarte, se ahorcarían, por lo cual se les advierte de tu calidad precedera.

Y me entregó una copia de aquel mandamiento, para que me sirviera de cédula o aval.

Aduje: Oh alcaide, escucha: ¿Quién formuló mi calidad irremediable? Los mandarines. Yo sólo dije que no quise venir, ni estar aquí, ni conocer tales ancianos, ni llegar a ser pesadilla de los cabezas rapadas, ni emberrenchinar alcaides, ni...

Atajó: ¡Bien está! No discutamos.

Y me despejó las argollas, por lo cual pude curiosear libremente por la Ciudad.

Luego que descubrí el disco solar, tan bellamente grandioso y puro, exclamé:

SALUTACIÓN AL SOL

¡Oh Sol!, me alegra verte inocente y generoso, prosiguiendo el camino de la Concordia como inmanencia que cumple su Destino sin alegaciones.

Mientras moré la oscuridad, el recuerdo de tu placidez sustentó la mía, pues no existe ningún padre tan bondadoso, tan callado ni tan paciente como tú, perenne referencia de lo ejemplar.

Por estas razones, y porque vienes de visitar las innúmeras tierras, calentándolas muníficamente, y así compareciendo ante lo que sucede sin tu permiso, jamás negado ni concedido, consiente que pretenda emparentar contigo, llamándote desde ahora Bisabuelo, pues mi abuelo es el ser, y yo quiero que devengas padre de mi ser.

Saludando al Sol de aquella manera, sin intención alguna de adularle, decidí cumplir también con mis piojos, manifestando:

SALUTACIÓN A LOS PIOJOS

¡Oh parvulitos!, tenaces y pequeños punzones. Desde siempre amé vuestra presencia candorosa, pues sois inocentes de estar aquí abajo.

Os agradezco la compañía que me donasteis cuando habité la mazmorra, y puesto que habéis entretenido mi reclusión con vuestras advertencias y bailes, recibid la hermosura de la mañana y el calor del Bisabuelo como presente que os ofrezco.

De **La feliz gobernación**, inédito, segunda versión de *Escuela de mandarines* [h.1960]:

Capítulo II, párrafo 9

“Modo ortodoxo”

Penetrando la morada imperial, abrimos puertas y puertas, siempre entre esbirros, subimos escaleras, recorrimos pasadizos, traspasamos estancias y llegamos finalmente al propio Sitial del Moderador, donde hallé la persona.

Era hombre joven, de aspecto extranjero, gesto confiado, ademanes perezosos y rostro claro. Vestía sin riquezas, cumpliendo la Preceptividad, y reposaba sentado, pisando edredones ante la compañía del famoso Teopompo, Mandarín Político, situado en pie.

Tras pergeñar las saluciones rituales, llevando tres veces la mano a la frente, el Gran Lego expuso: He aquí la cosilla, la bestia, el hombre o lo que resultare cuando se dilucide.

Dijo el Príncipe: Oh viajero, por venir a este Imperio y predicar sin cédula, te transmudaste problema. Sin embargo, yo no quise que tal sucediera, ni tampoco mal ni bien para tu persona. ¿Comprendes?

Repuse: En verdad que coincidimos en no haber deseado ningún acontecimiento, pues tampoco quise yo venir a discutir con mandarines, preocupar tus horas, conocer tus tercerones ni cumplir esta obligada visita.

En esto sacudió el Gran Lego mi rostro con sus enguantadas manos, profiriendo: ¡Tente, bestia! ¿Ignoras a quién hablas?

Y así recibí la primera ofensa que aguantó mi faz, inferida por El Hombre Más Orgullosa y Más Piadosa del Mundo.

Exclamé: ¿Acaso no te basta la palabra para adular a tu Príncipe? ¿Necesitas también golpear a un indefenso?

El Conciliador manifestó: Déjalo, Pedrarias, pues desconoce el lenguaje de la Ciudad.

Luego continuó hablándome como sigue: Escucha, viajero. Junto a la Enigma se prepara desde lustros y lustros una conspiración general contra la Convivencia Ortodoxa, alentada por un tal Roque, hombre diabético, que incita al Pueblo con la promesa de un reino terreno, a la manera de aquel Ciriaco, Cirilo o como se llamase.

El Mandarín Político interrumpió: Nuestro Roque profesa a Lamuro, que no a los Mendigos Herejes, resultando excarcelante.

El Moderador prosiguió: Como has oído, este Roque nada tiene de sincero poseedor de demiurgos ni desinteresado predicador de festejos. Se trata, por el contrario, de un rebelde, llegado a la Ciudad para proponer la subversión, el desorden y la total matanza, por lo cual habremos de apresarle muy prontamente. Si tú le denunciaras, quedarías libre, de acuerdo con la Preceptividad, pues «Orthodoxia cedit recto civitatis ordo».

Decía tal porque el Mandarín Político, su mentor, sabía que cierta ley antigua decretaba la absolucón de los heterodoxos que resolviesen algún problema político. Por lo demás, el Príncipe pretendía aprovechar la ocasión para abrogar la sentencia de la Corporación Decisoria y retener las vestiduras precisadas para equipar legiones.

Teopompo me aclaró: Te aviso que nuestro Conciliador te sugiere la delación de un hombre ya condenado por sus crímenes y nuestra decisión. Nada más fácil ni menos dañoso para tu conciencia. Por callar no alargarás la vida de Roque, y hablando salvarás la propia. En la cárcel podrás solicitar la visita de un Oidor de Presos, que seguidamente te conducirá ante la presencia del Prefecto, ya advertido, a quien dirás: «Roque colabora en la Sistemática Pugna, niega la Prescripción, predica la Excarcelación, propaga la Regla y espera la Sustitución...» Como habrás colegido, se trata de evitar innecesarias crueldades, cambiando un muerto por un vivo, lo cual es piadoso...

Pedrarias apuntó: También podrás agregar que le oíste declararse mandarín desde el vientre de su madre. ¿Verdad?

Y miró a Teopompo, que repuso con desprecio: De ninguna manera, Pedrarias, de ninguna manera. Roque ha de ser rebelde, jamás heterodoxo, pues en tal caso habríamos de traspasarle a la Comparecencia Decisoria, trocando un problema por otro.

Decía esto porque de caer Roque bajo la Jurisdicción de los Mandarines, tornaría la cuestión de las vestiduras, que trataban de solventar con su muerte.

Pensé: ¡Oh Ciudad, oh Feliz Gobernación, oh mandato de mandarines, legos y etcéteras! ¡Y cómo hablan sin rubor!, pues ya no rebuznan bobadas, a la manera del Consejo Decisorio, ni condenan por creerse depositarios de cierta Verdad, que sería disculpa de locos, sino que juegan a cambiar muertos, y luego se van a dormir para desayunar de mañana, lo cual no tiene disculpa.

En seguida repliqué: Abandoné la Concordia para cumplir las obligaciones de irritarme, enternecerme y sonrojarme de venir y estar con vosotros, suceso que se verificó desde que atisé el primer cabeza rapada, por no decir desde que barrunté sus efluvios, y ahora me topo con la sorpresa de que la propia Feliz Gobernación me propone colaborar en su obra... Bajando de mis tierras conjeturaba que habrían de ocurrirme acontecimientos nunca imaginados, pero jamás pude soñar, ni por vía de fantasear lo impensable, que me brindaseis tal ocasión. No ya los Príncipes y Mandarines pasados y presentes, sino tampoco la muchedumbre de los demiurgos de toda clase lograrían incitarme a delatar siquiera un hombre ahorcado y enterrado cinco mil años, cuanto menos todavía vivo. Paradójico fuera que yo me hiciera solitario de mozo, recibiera luego un Destino, abandonara mi patria y viniera a la Ciudad para terminar en soplón y confidente del Hecho. Antes preferiría transformarme becario. Y no hay más que hablar, sino manifestar que por aquel Roque siento buena inclinación, aun sin conocerlo, lo cual está dentro de mis obligaciones.

Oyéndome concluir, sonrió el Moderador, mientras preguntaba al Mandarín Político: ¿Hay vacante de becario? Mira que tenemos un candidato.

Después añadió: En verdad que resultas terco, como buen hijo de aquella provincia. Mas ya que renuncias a coger la ocasión, acoge mi simpatía, consintiendo enmascararte bufón por unas semanas, para que podamos demostrar al Consejo Decisorio que enjuició a un bromista. Esta solución a nadie denuncia ni daña.

Expresaba esto porque el Mandarín Político, su consejero, sabía que el Libro prohibía inculpar de heterodoxia a los bufones, así declarando:

«Por no parecer bien que la boca de los mandarines dé gozo a su propio oído, se inventó el bufón, cuya lengua ha de quedar suelta para el juego de palabras».

Y después:

«El bufón y el retórico son formas del séquito que rodea todo Poder».

«Cuando el bufón despotrica, se llama chistoso, y cuando alaba y rebuzna en serio, minoría selecta y gobernante».

Y finalmente:

«Puesto que la afición bufonesca es irremediable, estatúyase menester resellado».

Contesté: ¡Príncipe!, si yo fuera hombre de porvenir, admitiría tu propuesta sin mayor reflexión, ya que los bufones gozan y gozarán de gran futuro mientras estén así las cosas; si hombre de carácter, bestia voluntariosa, afán que promete, vocación trascendente, o presencia orgullosa, me abochornaría, ofreciendo ocasión de refocilarse al asno de la humillación; y si cabeza rapada, empollón de hatillo público, o corazón irremediable, rezongaría que no parece justo que un Príncipe corresponda tan descortésmente a quien se esfuerza en servirle. Mas siendo hombre de Destino, sólo puedo manifestar que tal no cae dentro de las aficiones de mis Demiurgos.

Al escucharme acabar, el Príncipe arrojó los guantes con ademán de cólera, inclinándose a recogerlos el Hombre Más Orgullosa del Mundo, que, devolviéndolos, exclamó: ¡Entrégame la bestia y verás cómo arreglo la cuestión!

El Mandarín Político arguyó rápido: Pedrarias, corazón oficioso, he de recordarte que andamos tratando asunto de ortodoxia, no de administración. ¿Cuándo aprenderás que la Potestad Decisoria corresponde a mandarines y jamás a legos? ¡En otra ocasión harás merecimientos!

El Gran Lego murmuró: No olvides que yo hubiera sido un mandarín de hechos, mejor que de palabras; un verdadero mandarín que sirve al Príncipe.

Teopompo miró al Conciliador, sonrió con gesto de cosa sabida, y runroneó: Oh Pedrarias, lego fiel, el Imperio entero sabe que hubieras sido un magnífico mandarín, aunque tu madre lo ignorara.

Seguidamente apartó con desprecio al Hombre Más Orgullosa del Mundo, me dirigió la voz y manifestó: Escucha de una vez. Admito que bajaras de tus tierras para irritarte, enternecerte y sonrojarte de venir y estar con nosotros, cumpliendo aquellas famosas

obligaciones impuestas por demiurgos no especificados. Mas no puedo conceder que vinieras al Hecho para incordiar con terquedades. ¿Por ventura eres un competidor?

Aduje: En verdad que no vine de mis tierras para estorbar, dificultar, entorpecer ni crear problemas de ninguna especie. Pero tampoco vine para colaborar ni ayudar a solventar cuestiones planteadas por vuestras propias costumbres y ordenaciones. ¿Está claro? Sé cuánto debo y cuánto no debo hacer, lo cual es todavía más importante. La Feliz Gobernación en nada me incumbe.

Oyendo esto, exclamó definitivamente el Príncipe: ¡Bien está! Retirad la extravagante vocación.

Y significó un leve gesto a Pedrarias, que, volando hacia mi figura, reanudó sus eternas prisas y malas formas, espetando: Bestia sin principios, vuelve a la cárcel, ¡a la cárcel!

Y me compelió a empujones.